

Circo poético

Daniel Prior Gijón

Salvatore siempre supo que aquello no podía estar bien.

El circo ruso había llegado a Venecia. Su familia le llevó a rastras.

Los payasos hacían reír a los niños. Salvatore podía apreciar la estética, pero, como sabía que eso en el fondo estaba mal, no podía disfrutar.

Los trapeceistas hacían esculturas muy difíciles con su cuerpo. Todos los niños miraban asombrados, pero a él no le llegaba.

Y no tanto porque todo eso estuviese mal, eso además es que le parecía demasiado simple.

Y por fin el plato fuerte.

Primero salieron los elefantes John y Jessy. Hacían caballitos, mostraban sumisión en sus posturas y miedo en su piel.

Todo el mundo aplaudía y vitoreaba. Sólo el pequeño Salvatore parecía ver al cobarde domador, vestido de negro y armado hasta los dientes entre las sombras.

Luego le tocó al oso Bruno, el cual bailó a cambio de su vida.

Salvatore estaba a punto de llorar. No entendía cómo sus propios padres le habían llevado, además forzosamente, a esa exhibición de sadismo.

Se hizo el silencio y anunciaron el plato más especial. Dijeron un nombre, pero cuando Salvatore le vio los ojos entendió que se llamaba Lobo Sin Nombre. Que por mucho que ellos creyeran, no habían logrado bautizarlo.

El Lobo Sin Nombre, de pelaje gris oscuro y negro muy espeso, salió de su jaula con los ojos inyectados en sangre.

Nunca se supo qué se suponía que debía hacer, eso lo comprendió rápido el pequeño Salvatore.

El Lobo Sin Nombre simplemente se quedó quieto. El cobarde domador salió de su refugio y, sin mediar palabra, le lanzó un fuerte latigazo con una pesada cadena.

No le dio tiempo. Lobo Sin Nombre ya conocía esos latigazos, ya conocía esas cadenas.

Recibió gustoso su último golpe y mordió con todo su ser el brazo derecho del domador.

Todo el público estaba espantado. Se llevaba las manos a la cabeza

Salvatore debía disimular, se jugaba mucho.

Un segundo domador de emergencia desenfundó un Colt .45, pero Lobo Sin Nombre estaba más que fuera de sí. Sabía que iba a morir. Lo sabía desde que se .quedó quieto. Desde que decidió quedarse quieto, con aquel latigazo de cadenas en su bosque, su hogar.

Ya había desarmado al primer domador, pero puesto a perder su vida, ¿Por qué no morir matando? Y le rompió el cuello con sus dientes, con las armas que la Naturaleza le había proporcionado, antes de morir tiroteado.

El público se asqueó, salió disparado. Los padres tapaban los ojos a sus hijos. “Ahora sí, ¿No?”, pensaba Salvatore, a quien le iba a costar Dios y ayuda disimular sus sentimientos.